

Aquí le vemos con los chicos de su escuela. Su mirada introspectiva es bastante clara y demostrativa de las olas encontradas de su propio pensamiento que le acompañaron hasta la tumba hace pocos años. Pobre Pepe. Fue un alma noble, un espíritu aristocrático, legendario, generoso de sus caudales morales y de los materiales que no tenía, pero si su riqueza de la infancia no hubiera cambiado, él hubiera dado fin de ella en obras de completa ejemplaridad.

Pepe engordó y creció después de lo de la escuela, poniéndose casi como su padre, pero no cambió su estructura mental ni su actitud ante la vida y resultaba mas airosa su figura, si cabe, con la robustez, dada su desenvoltura digna y su comedida libertad de brazos menejando la capa que llevaba como manto caballeresco de decoro mas que como prenda de abrigo, pues era inmutable ante la acción de los agentes exteriores que parecían no afectarle o no estimar propio de señor adolecerse de ellos siendo tan naturales y sabidos el frío como el calor.

No se sabe si el mundo le admiraba o le compadecía, pero nadie se atrevía a reirse, porque él acudía solícito y finamente cortés a cualquier obra generosa y de momento, con una eficacia innegable, viéndole unas posibilidades fabulosas y con un planteamiento seguro, enraizando cada problema en la trama de sus conocimientos y presentándole como un brillante tallado de mano maestra que deja a los observadores deslumbrados y con la boca abierta, sorprendidos, sin atreverse a replicar en ningún sentido y sumidos en un mar de dudas, porque todo aquello tan desconocido, tan hermoso y tan transcendental, podía ser verdad.

El que se pusiera a ordenar el archivo del Ayuntamiento fue de lo más demostrativo y de lo más ambicioso para sumir en ello su mente esclarecida, silenciosa y cubierta de polvo como arpa Becqueriana, para salir a los muchos días y noches con una cantidad de datos tan seductores que a nadie ofrecían duda de su valor y que se estaba en camino de llegar a los mas ricos veneros de la historia patria, con la lectura de documentos ilegibles y hallazgo de los pergaminos más rancios que, en virtud de los conocimientos que él tenía de otros mas pasados, cuarteados y quebradizos de los archivos tradicionales, podía ser que se descubrieran y probaran infinidad de hechos que nos cubrieran de gloria y nos convirtieran en la admiración del mundo. Ahora que era menester continuar, entibar la mina y aventurarse por las galerías milenarias llenas de misterio y peligros hasta verles el fin, alguna de las cuales revoloteaba por las mentes populares como saliendo de Santa María, sabe Dios hacia donde y a que lugares de tragedias subterráneas. Se le escuchaba en silencio y con respeto, atendiendo preocupadamente sus asertos. Nadie podía replicar ni menos contradecir, porque todo podía ser y su figura, como único poseedor de la verdad, tomaba el aire de sacerdote oficiante; anunciador generoso de las mayores venturas y de la posibilidad de la salvación.

Nada de esto le reportaba el menor provecho personal y después de una conversación en cualquier esquina, se le veía marchar calle adelante con el aire legendario que dan siempre los sueños románticos que inflan como globos las almas poseídas por la ilusión.